



El Premio Nacional de Paz ha sido un instrumento para promover la paz a través del reconocimiento de las iniciativas que en todo el territorio nacional resisten la confrontación armada y, en medio de difíciles circunstancias, le abren camino al entendimiento civilizado entre los colombianos, a la convivencia y la solidaridad.

Su decimoquinta sesión coincide con un momento crucial de las negociaciones del gobierno con las Farc y con la posibilidad de que se inicien los diálogos con el ELN para poner fin al conflicto armado. Las conversaciones de La Habana están rodeadas de mejores condiciones que los intentos anteriores y han avanzado en la búsqueda de una solución política a la confrontación. Sin embargo, en un año de conversaciones antes de concretar el segundo de los seis puntos de la agenda se comenzó a hablar de una posible pausa por las elecciones. Entretanto, una parte significativa del país quiere la paz y sus beneficios, pero le teme a sus costos, y no cree que los diálogos actuales puedan llevar a una solución viable y operativa que abra el camino hacia el posconflicto. Con todo, la mesa logró concretar el segundo punto y el gobierno informó que los diálogos no se detendrían. Sin duda que en ese avance han contados las crecientes manifestaciones de respaldo a las negociaciones por parte de muy diversos sectores y la petición de avanzar sin pausa. También se multiplican iniciativas y procesos como los que se postulan al Premio Nacional de Paz y llamados para que se estimule una pedagogía de la reconciliación, que vaya entretejiendo dimensiones esenciales para construir la paz.

El Jurado, en su difícil tarea de selección de ganadores, aplicó las pautas que se han seguido en las anteriores ocasiones: que la iniciativa se desarrolle en zonas de conflicto, cuente con amplia participación social, pueda ser un punto de referencia para otras regiones del país, y se haya desarrollado durante un



tiempo razonable que permita observar su impacto y asegurar su contribución a la construcción de la paz.

Este año el Premio recibió el empuje renovador de 89 postulaciones entre las que se encuentran iniciativas que no solo resisten la confrontación sino que además promueven condiciones para el posconflicto, empeños de activistas de la reconciliación en medio de la creciente polarización del país, esfuerzos de defensores de las víctimas y apoyo a quienes buscan la restitución de tierras usurpadas, iniciativas todas ellas que crean ambientes de paz y articulan distintos esfuerzos en ese sentido.

Su diversidad y riqueza llevó al Jurado a agrupar las postulaciones de naturaleza más o menos similar. Unas propuestas constituyen trabajos en red o alianzas que involucran muy diversos participantes, incluido el sector privado. Otras tienen como eje la cultura, la música y la comunicación. Muchas de las iniciativas resaltan el papel y aporte de sectores sociales específicos: mujeres, jóvenes, campesinos, indígenas. Unas más tienen que ver con un trabajo religioso. Hubo algunas postulaciones relacionadas con algún ámbito estatal o de personas individuales.

Luego de un amplio debate, en la sesión del pasado 17 de octubre, los miembros del Jurado -Francisco de Roux, S.J., el General retirado Manuel José Bonett, Jorge Orlando Melo, Ana María Ibáñez, el padre Darío Echeverri González, Juan Luís Mejía, Nicanor Restrepo y Socorro Ramírez-, con el apoyo de los otorgantes del Premio – el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, El Tiempo, Caracol Radio, Caracol Televisión, Proantioquia y la Friedrich Ebert Stiftung en Colombia, Fescol-, a más de otorgar el Premio Nacional de Paz y dos menciones especiales, acordaron entregar una declaración honorífica, resaltar finalistas, y hacer reconocimientos específicos, quienes –conviene señalarlo- no quedan impedidos para volver a participar.



El Jurado otorga dos menciones especiales. La primera, a la Ruta Pacífica de las Mujeres, por su persistente trabajo durante 17 años en nueve regiones colombianas mostrando los abominables efectos de la guerra sobre las mujeres, que no han sido suficientemente reconocidos ni reparados. La Ruta los ha documentado, ha presentado denuncias ante las respectivas autoridades, ha marchado en señal de protesta, ha tomado iniciativas de paz, ha apoyado la salida negociada al conflicto, así como la búsqueda de verdad, justicia y reparación. A pesar de las amenazas y del asesinato de una de sus integrantes, la Ruta Pacífica ha acompañado a las víctimas a recomponer sus vidas y a formarse para participar en el proceso de reparación. Meritoria labor si se tiene en cuenta la relación entre los crímenes sexuales cometidos por actores armados y la violencia intrafamiliar, que no suelen ser rechazadas por sus comunidades porque familias, vecinos y autoridades están atrapados en esas mismas prácticas.

La otra mención especial es para Utopía, una alianza de la Universidad de la Salle con el sector privado que ha comprometido importantes recursos para que jóvenes de zonas con altos niveles de violencia y pobreza puedan convertirse en profesionales competentes en el trabajo rural, que ayuden en la transformación de sus regiones. Además de alejar del conflicto armado a jóvenes indígenas, afrodescendientes y campesinos, esta iniciativa de educación superior rural los acompaña a mejorar su futuro y muestra que “en este país cabemos todos” en la construcción de paz.

El Jurado resalta también el mensaje que, en el contexto de las conversaciones de paz en curso, envían otros tres finalistas que se han forjado a través del recurso a vías pacíficas para solucionar sus problemas. Ante todo, la Fundación Zio-A'Í Unión de Sabiduría, promovida desde 1995 por las autoridades tradicionales indígenas del Putumayo, en particular de los Cofán, que ha fortalecido sus comunidades, su autonomía, sus propios proyectos educativos,



la defensa del ambiente y de sus territorios, interferidos por la presencia de grupos armados ilegales.

También, la Orquesta Sinfónica del Magdalena Medio, que le ayuda a niños y jóvenes de Barrancabermeja, habitantes de las comunas más afectadas por la confrontación armada y menos favorecidas en lo económico, a construir su vida a través de la formación artística y humana, de proyectos creativos que los alejan de la violencia, y de la vinculación de sus familias a la reconstrucción de las relaciones sociales y la confianza colectiva deterioradas por la guerra. Asimismo, El Colegio del Cuerpo que, desde 1997, ha contribuido a la prevención de situaciones de riesgo para niños, jóvenes afrodescendientes, mestizos y mulatos de poblaciones vulnerables de Cartagena, a través de la danza, la sensibilización artística y la formación de coreógrafos y pedagogos.

El Jurado otorga, además, un reconocimiento a Ricardo Esquivia Ballestas y a Rosa Amelia Hernández. A Ricardo como líder social y religioso que desde hace varias décadas se ha destacado como apoyo a las víctimas del conflicto armado, promotor de las Comisiones Ciudadanas por la Reconciliación y constructor de paz en el Caribe colombiano. Y a Rosa Amelia quien, desde 2005, ha liderado procesos de restitución de tierras en Córdoba y, a pesar de amenazas y asesinatos de algunos de sus compañeros, ha seguido acompañando a víctimas afrocolombianas en los procesos administrativos para acceder a los derechos que les reconoce la ley de víctimas del conflicto armado.

Igualmente, el Jurado hace una declaración honorífica en memoria de Yolanda Izquierdo, quien fue portavoz de 843 familias campesinas que en medio del proceso de Justicia y Paz, luchaban por recuperar sus tierras acaparadas en Córdoba por la acción paramilitar. Aunque se convirtió en el rostro más visible



de las víctimas que han emprendido una dura lucha por la restitución de tierras, no contó con protección gubernamental, lo que fue aprovechado para silenciarla el 31 de enero de 2011.

Y, finalmente, como un mensaje de resistencia pacífica en un tema crucial como es el de tierras, el Jurado otorga el Premio Nacional de Paz 2013 a la Asociación de Campesinos de Buenos Aires (Asocab), del departamento de Bolívar. Desde 1998, Asocab ha agrupado a más de cien familias que han luchado por la restitución de tierras que les fueron usurpadas por décadas. Ha buscado alternativas colectivas de subsistencia en el campo, ha brindado formación a sus miembros y ha generado recursos para proyectos productivos al mismo tiempo que ha denunciado las amenazas, agresiones y desplazamientos de los que han sido objeto, ha defendido los derechos humanos y la necesidad de obtener verdad, justicia y reparación. El Premio resalta que los campesinos han afrontado su dura situación con la no violencia activa y la no retaliación.

El Premio reconoce la contribución de Asocab -en concordancia con la ley y con los esfuerzos del Estado y de la Corte Constitucional en materia de restitución de tierras-, a la urgente tarea de encontrar alternativas a la problemática de la tierra que ha alimentado la confrontación armada en Colombia. El Premio a Asocab destaca la necesidad de rodear de apoyo a comunidades en peligro en su lucha por la tierra y la defensa de sus derechos a través de vías absolutamente pacíficas y legales; y llama al Estado y a la sociedad a no dejar solos a estos campesinos, a protegerlos y a exigir que cesen diversas formas de intimidación que cada día reciben. El Premio Nacional de Paz a Asocab constituye un llamado a resolver los conflictos con el dialogo, la discusión política y social, el entendimiento basado en las normas y el respeto, y no por la vía de su agudización y de la polarización de la sociedad.



El Jurado agradece a quienes postularon las 89 propuestas por permitirnos conocer algo de esta otra Colombia que se esfuerza a diario por construir paz y desarrollo. Gracias, finalmente, a los jurados y a los otorgantes por la confianza que me han concedido para presidir su sesión.

Socorro Ramírez

Presidenta del Jurado

Premio Nacional de Paz 2013